

## VII.

### EL DOTE DE LA SEÑORITA RUISEÑOR.

La aurora con sus dedos de rosa abría las puertas de Oriente cuando Octavio llegó al castillo de Parisis; lo cual quiere decir, usando la prosa del siglo diez y nueve, que eran las cinco y cuarenta y cinco minutos de la madrugada, según el almanaque de Mathieu Laeusberg.

Octavio apenas había dormido en el carruaje. Subió á su dormitorio, pero no se acostó. Volvió á bajar casi enseguida y dió órdenes para que se le presentara su intendente.

El aire era vivo; mandó encender lumbre en un saloncito y paseó melancólicamente sus miradas sobre aquellos muebles que no eran ya de moda pero que en cambio despertaban mil recuerdos. En aquel saloncito, en aquel sillón colocado frente á la ventana, era donde había querido morir su madre.

Recordó que él estaba arrodillado en frente suyo humedeciendo con sus lágrimas aquellas blancas manos que le bendecían y que volvían á caer sin fuerza.

Estos recuerdos poblaron repentinamente aquella soledad silenciosa.

Recostóse en un sillón y contempló amargamente el camino recorrido desde la muerte de su madre: el viaje á América, la expedición á China y las aventuras parisienses. No tuvo que ruborizarse en aquel exámen de conciencia: siempre había sido orgulloso, aventurero y héroico. Si se había encenegado en las locuras de la vida parisiense, esto á sus ojos equivalía al heroísmo, puesto que había representado el primer papel entre los Alcibiades de su tiempo, usando ya la punta de espada ya el aguijón del talento. No se reconocía culpable más que en una cosa: en la de haber devorado dos millones.

El intendente que estaba en acecho desde hacía unos días, no se hizo esperar mucho.

—Señor Ruiseñor, le dijo Octavio, esplicadme porque el castillo de Parisis que siempre se ha apreciado en más de un millón, sin contar sus viñedos, no me dá hoy renta alguna.

Y cómo Octavio quería que el intendente se explicara á sus anchas, le ofreció un cigarro.

Era un hombre de baja estatura, vivaracho, de movimientos rápidos y que parecía obedecer á la influencia del azogue. Metía más ruido que obraba; dábase importancia, bien como para enmascarar lo exiguo de su valía. La ausencia de Octavio le adjudicaba títulos de respecto ante los parceros, los leñadores, los jornaleros, los viñadores que cons-

tituian la gente menuda en la tierra de Parisis.

—Es muy sencillo, señor duque. El castillo daba una renta de setenta y cinco mil francos sin las vendimias y las cortas de los árboles. Mas el hierro hace la competencia á las maderas; el vino compuesto ha matado el buen vino; el precio del jornal doblado y los buenos obreros son mitos; en una palabra, todos los años el *debe* aumenta y el *haber* disminuye.

—Yo no comprendo nada de vuestro debe y haber; he oido hablar de la disminucion de las rentas y del aumento de los tributos. Los pobres se comen á los ricos y no veo en esto un gran mal; pero hace ya dos años que estoy sorprendido al ver que nada me llega del lado de Parisis.

—Olvidais, señor duque, que desde hace dos años pago los intereses de un empréstito de ochocientos mil francos al crédito territorial. El señor duque gana siempre el premio en las carreras; pero olvida lo que esto le cuesta.

—Si yo no ganase mas que estos premios! dijo para sí Octavio.

Y como sabia contar añadió en voz alta:

—Los intereses de ochocientos mil francos al Crédito Territorial, suman sesenta mil francos; hasta setenta y cinco mil no sobra mucho. Pero no hemos contado el bosque de Dourse ni los viñedos de Hacy; hé aquí algunos puñados de oro que no pasan nunca por mis manos.

—Estos puñados de oro, señor duque, pasan por

las mias; pero no están en ellas mucho tiempo. Por mas que las cierre es como el agua de las fuentes cuando se bebe en ellas.

Octavio movió la cabeza como si dudara de lo que el señor Ruiseñor decia.

El intendente prosiguió:

—Vos señor duque os obstinais en no examinar mis cuentas.

—Oh! dijo Octavio, son monumentos cifrados, geoglíficos que yo no entiendo. Desde que se inventó la partida doble, no entiendo una palabra. Percibiré rentas este año?

—Este año la vendimia no será abundante; las mieses no han dado muchas gavillas y las gavillas no han dado grano; desde hace diez años no se hace una corta de árboles: en contra de mi humilde opinion se cometió la ligereza de desmontar ciento cincuenta hectáreas de bosque en Dourse; se han plantado cincuenta hectáreas de viñedo y se han querido explotar otras cien hectáreas; los terrenos están malos; la vecindad del bosque quita la fuerza al sol, y á cada instante se tropieza con riachuelos que no pueden dominarse ni secarse. Es necesario volver á plantar bosque. Las paredes del parque están arruinadas, y es indispensable rehacer las acequias en los prados. El parcero de las Grutas ha perdido la cosecha por causa del granizo y no pagará mas que la mitad de lo que satisface anualmente. Su hijo, que ha tomado por su cuenta la hacienda de la Zorra, es un idiota

que se arruina y que esteriliza la tierra. Vos siempre habeis predicado la caridad: los corazones de oro empobrecen la bolsa y la tierra.

—Pero esto es horrible! temo que antes de poco me pedireis dinero para restablecer el equilibrio.

—Confieso, señor duque, que no tengo diez mil francos para hacer frente á lo imprevisto.

—Y bien, dijo Octavio, lo imprevisto soy yo; dadme lo que tengais. Voy á ver todo esto y en seguida partiré hácia el Perú, pues veo que el dinero de los labradores se ha convertido en quimera.

Octavio llamó.

—Que se me sirva un almuerzo frugal, dijo: huevos, leche y frutas; si esto es demasiado, que se supriman las frutas, y si esto no basta, que se suprima la leche.

Y con una sonrisa dulcemente burlesca, añadió:

—Si esto es tambien demasiado, que se supriman los huevos.

Al decir estas frases se volvió hácia el señor Ruiseñor:

—Señor Ruiseñor, le dijo, quereis almorzar conmigo?

—Gracias, dijo Ruiseñor con rapidez, bien como si se asustase ante la esplendidez del almuerzo.

—Por qué, señor Ruiseñor?

—Porque esta mañana firmo el contrato esponsalicio de mi hija.

—Ah! diablo! dijo Parisis, y yo no tengo nada

para hacerle mi regalo de boda. Y cuando el señor Ruiseñor hubo salido, añadió:

—Quisiera, no obstante, saber que dote yo doy á la señorita Ruiseñor.

Volvió á llamar. Vió aparecer un nuevo personaje, un antiguo servidor del castillo, que habia guardado el aspecto de los grandes criados.

—Decidme lo que el señor Ruiseñor da en dote á su hija.

—Cien mil francos.

—Es muy poco. Buen provecho le haga: he echado tantas veces cien mil francos para dotar á mujeres que no se casan!

El señor Ruiseñor volvió á aparecer en el dintel de la puerta.

—Señor duque, dijo, nos consideraríamos muy felices si quisieseis firmar el contrato esponsalicio.

—Esto nó, de ningun modo! no pondré jamás mi firma en un contrato de matrimonio.

Y no pudo menos de pensar con tristeza en Geneveva.

El señor Ruiseñor se inclinó y salió. Era demasiado buen apóstol para que insistiese. Octavio le llamó.

—Decid al notario que añada veinte y cinco mil francos al dote. Tomareis en el año próximo esta cantidad de lo que resulte al fabricar el vino. Esta será la parte de mi renta mas clara y menos dudosa.

Octavio veia en su imaginacion cruzar la hermosa figura de su prima.

—Cinco millones! dijo: mi primer impulso fué bueno; mas el segundo me aconsejaba no destrozarse el testamento y casarme con Genoveva.

Por la noche, Octavio se paseaba en el parque cuando de repente una mujer que lloraba se atravesó en su camino.

—Por qué llorais, señora?

—Oh! señor de Parisis, mi padre me ha casado á disgusto mio y yo he huido á última hora.

—A la hora del sacrificio!

El duque de Parisis consoló la jóven casada y la dijo que la enseñaria el camino del deber.

—Despues de todo, murmuró Octavio, es hermosa y lo que cae en el foso es para el soldado. Fuera de esto, me cuesta cien mil francos.

## VIII.

### UN ECO EN EL DESIERTO.

Quizá Octavio no hubiese marchado á Paris si una persona que no esperaba no se hubiese presentado en el castillo de Parisis.

Se paseaba en el parque con su cortejo de ideas melancólicas. Tenia motivos para ello. Comprendia que la señorita de la Chastaigneraye se hallaba perdida para él; no se habia aun confesado todo su amor por ella; porque su corazon era como el país de las ruinas, donde los fantasmas de las mujeres queridas iban de aquí para allí.

No solamente veia como se desvanecia el sueño mas acariciado, sino que presentia que se acercaba la hora en que tendria que rendir sus cuentas á la luz del dia y confesar que no le quedaba ni un sueldo. No se representa impunemente el papel de los ricos cuando se es pobre.

Hasta entonces habia llevado su posicion alegremente, porque se sentia arrastrado por el torbellino y porque no consultaba el fondo de su conciencia; pero en el castillo de Parisis cayó de sus ojos el pos-